

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

TODAVÍA HAY BUENA TIERRA PARA LA SIEMBRA

Introducción.—Los ciento cincuenta años de Bartolomé Garelli.—Apremiante llamamiento del XXIII Capítulo General: fe y vocación.—Vocación y vocaciones.—Nueva perspectiva de la pastoral juvenil.—Retos del contexto actual.—Despertar de lo trascendente e itinerarios que debemos preparar.—Comunidad que sea, por sí misma, una propuesta.—Personalizar el itinerario de fe.—Cuidar experiencias de maduración.—Saber llamar y acompañar.—Conclusión: los primeros responsables.

Roma, solemnidad de la Inmaculada,
8 de diciembre de 1991

Queridos hermanos:

Un saludo cordial del Consejo General y mío. Hace ya varias semanas que regresamos de Tierra Santa, donde vivimos una profunda experiencia de contemplación de la historia de la salvación en una tanda especial de ejercicios espirituales.

Se conmemoraban los cien años de presencia salesiana en Palestina. Participamos en las celebraciones de los salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora de aquellas inspectorías, tan probadas y al mismo tiempo tan beneméritas. Rezamos por todas las comunidades y por cada salesiano al sumergirnos en el misterio de la Encarnación (con María y José) y sentirnos envueltos en los acontecimientos pascuales de la pasión y muerte de Jesucristo, de su resurrección y del don pentecostal del Espíritu.

Regresamos llenos de los sentimientos de Cristo y renovados en el propósito de trabajar por su misión en la historia.

¡Cuánto habría meditado y gozado nuestro querido padre san Juan Bosco con una experiencia tan

intensa en la tierra de la Sagrada Familia y de los Apóstoles, él, que, cuando iba a Roma, visitaba con sumo interés los recuerdos de los mártires cristianos y el lugar de la tumba de san Pedro. Su primer sucesor, el beato Miguel Rúa, peregrinó dos veces a Tierra Santa (1895 y 1905) en actitud de acción de gracias al Señor y buscando un impulso seguro para el porvenir de nuestra Congregación.

También nosotros en Tierra Santa nos sentimos representantes de toda la familia de san Juan Bosco. La concesión de la ciudadanía honoraria de Belén al Rector Mayor y a la Madre General fue un gesto simbólico que nos une a todos más íntimamente con la raíces davídicas del Señor.

Por mi parte, en el templo betlemita de la Natividad pedí para la Congregación la gracia de saber renovar eficazmente la dimensión vocacional de nuestra pastoral.

Tierra Santa es la patria de las historias vocacionales más ricas y mejor documentadas. Dios acometió su aventura en la humanidad privilegiando estas regiones. Llamó a muchos colaboradores muy distintos entre sí: patriarcas, caudillos, profetas, jueces, reyes, sacerdotes, héroes, hombres y mujeres para misiones concretas. Los llamó de todas las edades, del seno materno (como Juan Bautista) a la edad adulta (como los doce Apóstoles y Saulo de Tarso).

En Belén, Nazaret o Jerusalén era estimulante meditar la exhortación del Señor: La mies es mucha y los obreros pocos, pedid con insistencia al dueño de la mies que aumente el número de sus obreros¹. Es sugestivo pensar que precisamente Jesús es el primer obrero de la viña, siempre en busca de colaboradores; fue él quien, en la parábola del sembrador, nos enseñó que parte de la simiente cayó en tierra buena y dio fruto. Es preciso reconocer que siempre hay, a lo largo de los siglos —por tanto también hoy y entre nosotros— tierra buena donde

1. Cf. Mt 9, 37.

puede fructificar el grano sembrado por el Señor, siempre vivo y activo en su Iglesia.

Los ciento cincuenta años de Bartolomé Garelli

El pasado 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, estuve en Turín para conmemorar los ciento cincuenta años de aquel sencillo hecho que san Juan Bosco vio como inicio de la obra de los oratorios. Siempre vivió convencido de que en el origen de esta obra estuvo la intercesión materna de la Virgen María. «Ella lo ha hecho todo», dirá más tarde. Por intercesión de María, el encuentro de Bartolomé Garelli con Don Bosco fue como la diminuta semilla de mostaza de un frondoso carisma en la Iglesia. Un carisma que, entre otras cosas, pone en manos de Nuestra Señora toda la orientación vocacional de los jóvenes; ella llevó a san Juan Bosco a fundar una Congregación implicando a vocaciones juveniles: aquellos veintidós que el 14 de mayo de 1862 hicieron con él los primeros votos salesianos son la mejor prueba histórica de la dimensión vocacional que, sostenida por María, se halla presente en toda la historia salesiana. Don Bosco se dedicó intensamente a las vocaciones, no sólo para su obra de los oratorios, sino para toda la Iglesia en los diversos ministerios, carismas y servicios.

En su incansable actividad vocacional, nuestro Fundador fue también original y creativo, sobre todo en la maduración de los candidatos. Organizó asimismo el cuidado de las llamadas 'vocaciones tardías'; a pesar de las numerosas dificultades encontradas, incluso por parte de monseñor Gastaldi, fundó la OMA (Obra de María Auxiliadora) precisamente para cultivar las vocaciones de jóvenes de cierta edad. Felipe Rinaldi sería una de ellas, que posteriormente fue su excelente formador.

Es cierto que hoy los tiempos son muy diferentes; sin embargo, nunca nos faltarán ni el poder creativo del Espíritu del Señor ni la ayuda materna de María: el sembrador sigue depositando su semilla en tierra buena.

Apremiante llamamiento del XXIII

Capítulo General: fe y vocación

El último Capítulo General nos presenta la fe como energía de vida y cumbre de nuestra actividad educativa, vivificada y coronada por un clima de espiritualidad.

Una disposición capitular nos recuerda que «el camino de fe de los jóvenes requiere que la comunidad salesiana preste una atención particular a la orientación vocacional»².

El texto habla del «camino de fe de los jóvenes» en su unidad y totalidad, es decir, de *todo* el camino, considerándolo en cada una de las etapas de la actividad educativa; si en algún momento del recorrido llegara a faltar la orientación vocacional, ésta quedaría de hecho marginada de la autenticidad de nuestro educar en la fe.

Hace ya años que el tema de las vocaciones viene siendo objeto de atenta reflexión por parte de nuestros capítulos generales; el Rector Mayor don Luis Ricceri le dedicó una circular especial³. Sobre todo el XXI Capítulo General⁴ presentó una síntesis que continúa siendo válida; siguiendo una de sus indicaciones⁵, el dicasterio de Pastoral Juvenil ofreció, en 1982, unos oportunos materiales a las inspecciones.

La originalidad del XXIII Capítulo General está en haber incluido la dimensión vocacional en el camino de fe de los jóvenes y haber concebido dicho camino como respuesta gradual y progresiva a una

2. XXIII Capítulo General 247.

3. Actas del Consejo Superior 273, enero-marzo de 1974.

4. *Ibidem* 119d.

5. *Ibidem* 119d.

llamada personal. Recordemos las cuatro *áreas* que indica: son *simultáneas*, aunque con distintas acentuaciones e intensidades. Pues bien, cada una de ellas tiene aspectos vocacionales, mientras que la cuarta, la del compromiso por el Reino, se concentra explícitamente en la llamada vocacional como condición imprescindible de autenticidad de todo el camino.

Así, desde el principio de la educación en la fe, la atención se centra pedagógicamente en la dimensión vocacional: los pasos que el joven va dando hacia su madurez humana (primera área), las metas que va superando en su conocimiento y participación en el misterio de Cristo (segunda área) y su gradual inserción en la vida misma de la Iglesia (tercera área) deberían llevarlo al interés personal por el Reino (cuarta área) «comprometiendo su propia vida por la causa de Dios, salvador del hombre»⁶.

El proceso vocacional no es un momento último, casual, elitista y excepcional, sino el eje en torno al que gira todo el camino, en cada una de sus etapas.

Vocación y vocaciones

No estará de más recordar, aunque sólo sea brevemente, que en el origen de la vida de fe está el sacramento del Bautismo, que lleva consigo una opción fundamental por Cristo y una implicación en el proyecto operativo de su Reino.

El concilio Vaticano II resaltó la verdad bautismal de la vocación común de todo el pueblo de Dios, realizando una especie de inversión copernicana en el modo de concebir la realidad de la vocación. Efectivamente, debemos considerar la vocación pensando ante todo en el plan global de Dios para salvar al hombre. En la base está Cristo y su Iglesia con

6. Cf. XXIII Capítulo General 149 ss.

la misión de conducir a la humanidad hacia la meta de la salvación: la construcción del Reino.

El sacramento del Bautismo nos incorpora a Cristo y a la Iglesia, confiriendo a todo cristiano la gran vocación del pueblo de Dios. Ser seglar, presbítero o religioso significa asumir una manera especial de ponerse al servicio de la vocación común y colaborar en la misión de la Iglesia. Todas las vocaciones tienen su raíz en la única vocación fundamental, que las ilumina. Esto tiene una importancia particular a la hora de proyectar nuestra pastoral vocacional.

Cuando hablamos de vocaciones, ciertamente nos referimos en concreto a las de los distintos grupos de vida consagrada, del sacerdocio ministerial o de un laicado explícita y concretamente comprometido. Para el cuidado de estas vocaciones, si bien por un lado no basta presentar sólo la vocación bautismal de fondo, porque es preciso hacer comprender la indispensabilidad de los ministerios, testimonios y servicios cabalmente para poder realizar la misión común, por otro, sin embargo, es precisamente en el Bautismo —sacramento de la fe— donde se halla la razón substancial de toda vocación cristiana, y es desde ahí —o sea, el cuidado de la vocación cristiana común— desde donde se ha de proyectar toda la actividad por las vocaciones. Dicho de otro modo, para nosotros el cuidado de las vocaciones *debe incluirse constitutivamente en la misma pastoral juvenil* mediante la que nos proponemos educar a los jóvenes en la verdadera fe cristiana. Nadie puede educar a un joven en la fe si no desarrolla en él la vocación fundamental del Bautismo.

Podemos incluso ir más allá y afirmar que la existencia de toda persona humana es vocación: toda persona, creada para vivir «a imagen y semejanza de Dios», está llamada a colaborar, en comunión de destino, con los demás hombres en una historia que lleva a todo el mundo a la meta del Reino.

El Concilio ahondó en los conceptos de mundo y de Iglesia, superando la dicotomía entre profano y sagrado. Mundo e Iglesia confluyen en una única historia orientada, de hecho, a construir el Reino; no son mutuamente extraños, sino que se unen (aun siendo en sí el uno profundamente diverso de la otra) en una existencia histórica concreta y común; el mundo a modo de masa, y la Iglesia como levadura. «La Iglesia, dice el Concilio, al prestar su ayuda al mundo y al recibir de él múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad.»⁷ Así pues, según la visión conciliar, podemos decir que la Iglesia, por su vocación cristiana, es para el mundo, pero también que el mundo, por su vocación humana, es para la Iglesia, aunque obviamente por razones diferentes. Distinguiendo en la Iglesia su doble aspecto de institución de salvación y de inicio del Reino, hay que reconocer que, como institución de salvación, la Iglesia es totalmente para el mundo —o sea, está dirigida operativamente a la salvación del hombre—, pero, en cuanto comienzo del Reino, la Iglesia es la verdadera meta a que tiende el devenir del mundo, en plena tensión histórica hacia una nueva creación.

De igual modo la dimensión vocacional, en una válida educación cristiana, tiende simultáneamente a desarrollar el significado humano de la existencia de una persona y su ingreso en la órbita de la fe por el Bautismo y los compromisos que le siguen.

Por ello, la vocación y las vocaciones cristianas especiales no son ajenas o antitéticas a la vocación existencial de la persona, sino más bien una explicitación cualificada de la misma para lograr el resultado positivo de la historia. Ser cristiano, y luego hacerse presbítero o consagrado para dar testimonio de las bienaventuranzas, o seglar especialmente comprometido, significa realizar una tarea vital de la

7. *Gaudium et spes* 45.

Iglesia en favor del mundo para que llegue a la gran meta del Reino.

La vocación del pueblo de Dios y las vocaciones específicas que ponen de manifiesto sus virtualidades aparecen objetivamente, en la historia, no como huida del campo de batalla o como alienación, sino como una de las tareas más responsables por el triunfo del bien; no son refugio contra el mundo para salvar la propia alma, sino la colaboración generosa con Cristo para llevar al hombre a la plenitud de sus posibilidades. El mundo sin Cristo llevaría consigo al fracaso global de la historia; la vocación y las vocaciones han nacido para evitar tal descalabro. Nada hay más valioso para el curso de la historia humana que la vocación de Cristo y las vocaciones de sus discípulos.

Nueva perspectiva de la pastoral juvenil

Si miramos a san Juan Bosco y los fines asignados a nuestra Congregación, vemos que la perspectiva vocacional ocupa el centro de las preocupaciones educativas. Las Constituciones señalan, efectivamente, que «el cuidado especial de las vocaciones apostólicas⁸» es uno de los fines que guían la misión salesiana.

8. Constituciones 6.

Cuando se refieren a nuestros destinatarios, afirman que entre los jóvenes que más ocupan la atención de la misión salesiana están los que muestran indicios de vocación especial⁹; por si fuera poco, dicen que la orientación vocacional es imprescindible en los planes educativos en cuanto contenido y servicio para todos los jóvenes¹⁰.

9. Constituciones 28.

10. Constituciones 37; cf. Reglamentos 16-17.

El XXIII Capítulo General ve con razón en la comunidad salesiana el sujeto global de la tarea vo-

cacional; ésta implica a cada salesiano en comunión operativa con el inspector y el director, según un bien estudiado proyecto educativo-pastoral en la inspección y en la comunidad local. Es un proyecto de pastoral juvenil para educar en la fe, particularmente impregnado de una eficaz orientación vocacional. Es evidente que, teniendo que afrontar hoy los problemas de la nueva evangelización y de la nueva educación, hay que considerar no pocas novedades al trazar el proyecto de pastoral juvenil, y en consecuencia, también de la orientación vocacional; por ello es preciso dedicarle cuidado y tiempo con diligencia y atención. No basta continuar simplemente la metodología pastoral del pasado; es urgente una nueva reflexión comunitaria e inteligente creatividad para buscar iniciativas en el campo vocacional. ¡Puede afirmarse que la medida de una verdadera pastoral juvenil es su hondura vocacional! ¡Si no se forma la vocación común cristiana y no se cultivan vocaciones especiales que la sirvan, resultará estéril toda la educación de los jóvenes en la fe!

Es, por tanto, más que urgente que nos dediquemos también al cuidado de las vocaciones específicas para los grupos de la Familia Salesiana, particularmente de las que se orientan hacia nuestra Congregación: de clérigos y de coadjutores. La parábola del sembrador debe abrirnos el corazón a la esperanza. Es verdad que han surgido nuevas y numerosas dificultades, pero también aparecen consoladores motivos de recuperación. Nuestro tiempo se han hecho particularmente difícil, pero el poder del Espíritu del Señor es más fuerte que nuestras dificultades, y con razón llamamos a María Auxiliadora «Nuestra Señora de los tiempos difíciles».

Pero veamos en qué sentido el horizonte se ha hecho hoy más oscuro para las posibilidades vocacionales.

Retos del contexto actual

No cabe duda que actualmente hay contextos que dificultan el nacimiento y el desarrollo de las vocaciones. Existe un conjunto de condicionamientos negativos, aunque acompañado de posibilidades nuevas, que requiere nuestra atención comunitaria y la organización de una acción sistemática —no sólo ocasional— para dar respuestas nuevas y adecuadas que no se limiten a repetir modalidades que han perdido su eficacia. Los contextos son diversos según las regiones, pero conviene no olvidar que va creciendo, más o menos, por doquier un tipo de cultura con notas universales. Algunas de las dificultades que vamos a enumerar brevemente serán más intensas en un lugar que en otro, pero su consideración aporta en todas partes reflexiones útiles para proyectar la orientación vocacional.

- Comencemos por la *secularización de la sociedad*, que se extiende por el mundo como mancha de aceite.

Hasta hace poco muchas expresiones sociales y culturales estaban impregnadas de dimensión religiosa. Pero ha ido creciendo la irrelevancia social de todo lo que es religión; ello hace más difíciles y largos los ritmos de maduración de la fe en cuanto conocimiento de sus contenidos y aún más en cuanto vivencia.

Ser cristiano —es decir, vivir la opción bautismal— en una sociedad pluralista es socialmente una de tantas modalidades, con idéntico derecho de ciudadanía. Puede, por ello, aflorar un clima de relativismo, de obscurecimiento de los ideales tradicionales y de pérdida del sentido de la vida: muchos jóvenes parece que flotan a la deriva en una embarcación sin brújula. Pierden la perspectiva de lo trascendente, que es el firmamento de la fe, y se en-

cierran en pequeñas respuestas sobre el sentido de la vida, absolutamente insuficientes para las grandes inquietudes del corazón humano. Las mismas respuestas que la ciencia pretende ofrecerles se quedan cortas en la óptica de la busca de significado, pues no se refieren al fin último de la vida ni al sentido global de la historia.

Urge hacer sentir la necesidad de experiencias de silencio y reflexión, de escucha del misterio y de oración, de encuentro con los acontecimientos verdaderamente significativos de la existencia para meditarlos en los estratos profundos del espíritu.

- Otra dificultad se debe a la *multiplicidad de mensajes*, con abundancia de propuestas, fundadas en concepciones filosóficas y religiosas diversas, unida a una aceleración de los cambios en casi todos los campos de lo social: política, economía, ciencia, ética, estilos de vida. La presentación de tantos mensajes, opuestos incluso entre sí, hace particularmente difícil el discernimiento vocacional. De ahí se deriva una concepción de la libertad como «posibilidad nunca cerrada de nuevas opciones», que lleva consigo una acentuada indecisión para opciones definitivas; se está quizá fácilmente dispuesto a la generosidad durante un tiempo limitado, pero resulta verdaderamente arduo el «para siempre», pues las continuas transformaciones podrían reservar otras novedades más apetecibles a la opción.

En esta atmósfera caben dos reacciones extremas: en muchos el indiferentismo, pues ningún ideal sería objetivamente entusiasmante, y en algunos la actitud de reacción casi visceral que llaman fundamentalismo, es decir, un afán por recuperar certezas perdidas mediante la afirmación voluntarista de antiguas modalidades de juicio, sin abrirse a las exigencias objetivas de los signos de los tiempos.

Ni el indiferentismo ni el fundamentalismo son

clima favorable para una orientación vocacional salesiana.

- Otra dificultad es el dato cultural de la *prolongación de la edad juvenil*, motivo por el que las decisiones personales suelen diferirse. Las etapas tradicionales de la iniciación cristiana, antaño vistas como momentos privilegiados para un proyecto personal de fe, hoy día están colocadas no pocas veces en tiempos inadecuados e insuficientes. En efecto, las situaciones que determinan la orientación en la vida (ingreso en el mundo del trabajo, universidad, etcétera) tienen lugar después de la adolescencia en una edad más avanzada. Las experiencias y contenidos evangélicos de la iniciación cristiana conservan absolutamente toda su importancia, pero no ya no cubren, al menos sistemáticamente, la edad juvenil. Así, los jóvenes en cierto modo no son seguidos de forma específica precisamente cuando todavía se hallan en plena evolución, durante los años en que se disponen a hacer opciones de vida. Por otro lado, tienen un nivel cultural más alto, tanto en el ámbito de los estudios como de las experiencias, por lo que necesitan un acompañamiento más concreto y, además, oportunamente diversificado.

El tema de la orientación vocacional debe, pues, ser denso y convincente; el testimonio, más nítido, y las propuestas, más concretas y válidas. Esto ciertamente supone un reto a la capacidad de nuestras comunidades para dialogar con los jóvenes a fin de que su fe madure en proyectos de vida.

- Otra interpelación que también puede crear dificultades procede de un hecho en sí mismo muy positivo, pero no siempre plenamente iluminado en su significado. Es lo que podríamos llamar *temas generadores*: son valores nuevos que hoy suelen entusiasmar a los jóvenes; por ejemplo, la paz, la soli-

daridad, la justicia, la ecología, la mundialidad, la subjetividad, etcétera. Abren un horizonte atractivo, pero podrían interesar a la conciencia sólo desde perspectivas horizontales, favoreciendo así una actitud de temporalismo, que es fácil presa de instrumentalizaciones, modas e ideologías, que no tardan en provocar desengaño y malestar.

La orientación vocacional no debe esquivar estos temas generadores; debe saberlos iluminar con el valor supremo y absoluto en el que se basa toda opción de fe. Es preciso vincular dichos temas a la persona de Cristo, el único libertador verdadero: su resurrección, que le hace Señor de la historia, es la mayor novedad de todos los tiempos.

- Por último, no hay que olvidar, entre las dificultades actuales, una generalizada *pérdida de aprecio social*, al menos en occidente, con respecto a las vocaciones eclesíásticas específicas. La crisis sacerdotal y religiosa de los últimos decenios ha producido, en diversos ambientes, cierta frialdad y sospecha. Nuestras mismas comunidades no siempre han ofrecido un semblante atractivo, acogedor y apostólico, ni han proclamado con claridad y entusiasmo la identidad de su proyecto evangélico de vida, ni han sabido ofrecer espacios de protagonismo al compromiso cristiano de los jóvenes. Por ello, con respecto a la vocación y las vocaciones, en lugar de tener capacidad para implicar, se ha debilitado y ha perdido fuerza para presentarse como propuesta, hasta el punto de convertirse, más de una vez, en silenciosa pasividad. Es obvio que, en este caso, hay que reaccionar con energía, es decir, convertirse. Sin testimonio de vida muere cualquier cuidado válido de las vocaciones.

— Así pues, la multiplicidad de dificultades y problemas nos señala la urgencia e indispensabili-

dad de una atenta y nueva reflexión comunitaria sobre la orientación vocacional, para después saber preparar itinerarios concretos de acompañamiento, continuamente sometidos a revisión.

Despertar de lo trascendente e itinerarios que debemos preparar

Las dificultades no son pocas, pero hay también prometedoras señales de recuperación. El horizonte religioso de los jóvenes está indicando un despertar y nuevas posibilidades. No es una recuperación universal ni totalmente clara; se presenta con cierta ambivalencia, pero se abre de forma creciente a la búsqueda de un horizonte de transcendencia. El acontecimiento de Częstochowa (agosto de 1991) fue significativo y es promesa de multiplicación de una juventud que descubre con entusiasmo contagioso el misterio de Cristo.

Crece entre no pocos jóvenes una valoración positiva de la experiencia religiosa como aspecto noble de la existencia humana; es verdad que aparece envuelta en una fuerte subjetividad, pero es una apertura preciosa hacia lo trascendente. Se intensifica también una constante búsqueda de sentido, que se manifiesta, sobre todo, en grupos particularmente compactos y bien motivados; lo cual estimula también en otros la apertura a momentos de reflexión y de espiritualidad. Cada vez se comparte más la participación en iniciativas de solidaridad de diverso género, incluidas las de carácter apostólico. Se ve, en una palabra, que se difunde un clima de realidades nuevas abiertas al Evangelio; esto lleva consigo, de forma casi natural y, por tanto, fácilmente aceptada, un conjunto de interrogantes vitales precisamente sobre el sentido de la vida.

En tal clima no resulta difícil introducir el tema

de la orientación vocacional. No son pocos los jóvenes que se dejan interpelar y, si la propuesta se hace con sensibilidad y simpatía hacia las novedades positivas señaladas anteriormente, suscita interés.

Cabe también pensar que la actual crisis de vocaciones esté relacionada con los signos de los tiempos y, por tanto, permitida por el Señor para despertar en las comunidades cristianas una dinámica de conversión, de creatividad y de innovación que adapte el cuidado de las vocaciones a los retos socioculturales.

Así pues, ¡ninguna concesión a falsas justificaciones ni al desaliento, sino voluntad de intensificar la orientación vocacional dentro de una pastoral juvenil renovada, centrada en objetivos apropiados a nuestro tiempo!

Algunos puntos de referencia que merecen la mayor atención, pues los sugiere la situación religiosa que estamos viviendo, son los siguientes:

- presentación del misterio de Cristo como valor histórico central, accesible a todos y cada uno mediante una vida inspirada en los valores evangélicos de amor, de servicio, de austeridad y de universalidad;
- atractivo de la experiencia fraterna de grupo, como forma de iniciación en la comunión eclesial;
- aprecio por ideales de servicio, tales como la opción de preferencia por los pobres, la búsqueda de la justicia, el valor de la no violencia, las iniciativas por la paz, etcétera;
- deseo de protagonismo mediante responsabilidades concretas en proyectos socialmente útiles;
- la experiencia del voluntariado con sus exigencias de organización y de sacrificio.

Las posibilidades de proponer con eficacia a los jóvenes de hoy un compromiso cristiano para realizarlo en un itinerario vocacional, van unidas, en primer lugar, a la autenticidad de nuestra espiritua-

lidad como personas y como comunidad, a fin de manifestar de forma transparente el valor de la vida en Cristo. De aquí se deriva la calidad de la educación de los jóvenes en la fe, a lo que hay que añadir un cuidado atento y constante hacia quienes muestren signos de vocación especial.

Espiritualidad, calidad pastoral y acompañamiento vocacional son tres aspectos necesarios e inseparables. Si falta uno, el itinerario vocacional resulta estéril.

Por ello me parece oportuno indicar algunos puntos prácticos que requieren en las casas un esfuerzo renovado para aplicar convenientemente las directrices del último Capítulo General.

Sin embargo, para esto es preciso ante todo tener en cuenta algunos principios básicos, que constituyen la constelación orientadora de cualquier compromiso vocacional.

- El primero es que *toda vocación es iniciativa de Dios* y don de su amor; en consecuencia, hay que apoyar toda la acción en la oración y no olvidar nunca su naturaleza espiritual.

- A la iniciativa de Dios debe corresponder *la imprescindible parte activa del joven* en todo el proceso vocacional; es él, en primera persona, el sujeto del diálogo con el Señor y de las decisiones que debe tomar; de ahí la importancia de saber iluminar su libertad y cultivar su capacidad de reflexión y de búsqueda.

- Consiguientemente, la *necesidad de apropiadas mediaciones educativas*, tanto de personas como de la comunidad. El proponer y llamar expresamente a uno es propio del buen educador, que se siente mediación elegida por Dios para revelar al joven su noble proyecto.

Estos principios deben ser considerados atentamente en el camino vocacional que se quiere hacer junto

con los jóvenes. Invitan a dedicarse personal y comunitariamente a revisar con diligencia la orientación vocacional en la pastoral juvenil de nuestras obras.

He aquí, pues, algunos puntos concretos en los que concentrar la atención y la planificación.

Comunidad que sea por sí misma una propuesta

El primer punto lo subrayó con fuerza el XXIII Capítulo General: la comunidad salesiana como signo y escuela de fe y como centro de comunión y participación. Ella es, en concreto, el lugar y la forma de vida a la que se invita al joven que ofrece posibilidades de ser llamado. Es una mediación privilegiada: en su vida de cada día ayuda a oír de cerca y a acoger e interpretar la llamada interior del Señor, y ofrece al joven referencias concretas para realizar su deseo de donación. Pone a su disposición un tejido de relaciones, impregnadas de trato familiar y de compromiso, y un ambiente de comunión donde el joven puede vivir y desarrollar mejor su fe y experimentar la atrayente llamada de la misión, llegando incluso a comprender que ni los defectos de los otros ni los propios son obstáculo para realizar un proyecto de vida auténticamente vinculado a Cristo y claramente eficaz en hacer el bien.

Pero la comunidad no puede ser sólo un tema del que se trata con los jóvenes cuando se les habla de vocación; debe ser una realidad viva y compartida. Esto provoca la necesidad de cuidar muchas modalidades concretas de nuestras expresiones comunitarias, religiosas y apostólicas. Por ello convendría insistir en ciertos aspectos de la convivencia salesiana ya expuestos abundantemente en otros documentos: no será difícil considerarlos de nuevo en comu-

nidad, sobre todo el de la espiritualidad¹¹. Aquí subrayamos sólo alguno.

El primer aspecto que hay que ver con concreción renovadora es el de centrar la atención en lo que caracteriza nuestra comunidad, es decir, en la vitalidad de la misión juvenil. La comunidad está llamada a crear y animar un ambiente y una comunidad educativa más amplia donde los jóvenes se ponen en contacto entre sí y con adultos cristianos, que tienen conciencia de la opción bautismal, o sea, de la vocación común del pueblo de Dios. El ambiente será tierra fértil para la semilla de vocaciones particulares, si logra que los jóvenes participen activamente en la misión común de todos en la Iglesia, ofreciendo posibilidades de diálogo sobre los problemas actuales de la evangelización, organizando iniciativas capaces de hacer síntesis entre crecimiento humano y compromiso cristiano y proponiéndose como centro de encuentro e irradiación en la zona a fin de crear solidaridad y sentirse protagonista ante necesidades concretas.

Aquí entra en juego *la participación en la vida de la Iglesia local* (parroquia, diócesis, conferencia episcopal) que proyecta la misión de Cristo sobre todos los habitantes de la zona y también sobre iniciativas misioneras valientes. En el ambiente eclesial local la invitación a compromisos vocacionales específicos encuentra una expresión más comprensible y una atención más disponible. Hablan sus propuestas de bien para los de cerca y los de lejos, hablan sus mensajes sobre el sentido de la vida, hablan también las experiencias religiosas de oración, de meditación y de celo apostólico, hablan sus lugares de encuentro, sus signos y las personas que la representan. No resulta difícil, así, establecer una comparación entre la fuerza de llamamiento de la Iglesia y otras insinuaciones mundanas cuya validez en la busca de sentido es objetivamente irrele-

11. Cf. Actas del Consejo General, núm. 334, octubre-diciembre de 1990.

vante. La Iglesia, además, suple y remedia las limitaciones de testimonio y de eficacia apostólica de cada educador. Los jóvenes descubren que en el misterio global de la Iglesia existe una energía de vida mayor que la que muestran sus agentes. Sentir y actuar con la Iglesia es, por tanto, respecto a los fines vocacionales, una vía muy eficaz que se ha de tomar muy en cuenta en nuestras comunidades.

No pocas de nuestras casas, al menos en los últimos años, ya han experimentado positivamente la acogida de algún joven de posible vocación para compartir la oración comunitaria, la corresponsabilidad apostólica, la fraternidad y la alegría del vivir salesiano. Es una iniciativa que también siguen otras congregaciones masculinas y femeninas de vida contemplativa o activa. Es obvio que no puede ofrecerse como primera etapa del proceso vocacional; pero es ciertamente oportuna para quienes ya manifiestan propósitos precisos y capacidad y están en condiciones de participar responsablemente en un estilo comunitario de convivencia. Ello ayuda también a valorar la confrontación y revisión a que deben someterse las comunidades.

Resumiendo, estamos invitados a reconocer en la comunidad misma el surco y el humus donde se deposita y germina la semilla de las vocaciones. El joven ve en los gestos de la comunidad y en las actitudes de sus miembros, en los valores que ella encarna y en su tensión apostólica, y sobre todo en su espiritualidad de seguimiento de Cristo, las sustancias nutritivas que garantizan un crecimiento robusto y sereno de la semilla del Bautismo.

Personalizar el itinerario de fe

La gracia del Bautismo lleva dentro de sí, por su misma naturaleza, el dinamismo vocacional, in-

cluido el de las vocaciones especiales. Ya la fe es vocación: Dios llama y el bautizado responde; es don y acogida, invitación y aceptación, propuesta y proyecto.

Este diálogo de fe va haciéndose expresión concreta a medida que el fiel se adentra en la propia existencia y se hace cargo de la historia de la salvación. De aquí proceden los motivos y la energía para las opciones más radicales de compromiso. Cuando la fe bautismal no se cuida y no va madurando, no sólo queda desatendida la vocación, sino que tampoco florecen las vocaciones.

Pero, ¿cuáles son las condiciones para que nazca, se conserve y se desarrolle la fe en los jóvenes de hoy? Ya hemos indicado algunos fenómenos que entorpecen su maduración.

El XXIII Capítulo General ve la respuesta a esta compleja situación en un *camino gradual* que ponga en comunicación continua la vida de los jóvenes y el sentido de la fe. El documento capitular se inspira en el cuadro de Emaús: caminar en compañía de Jesús.

La imagen del camino sugiere la preparación de itinerarios que incluyan un acompañamiento personal, sobre todo para los jóvenes más adelantados en la maduración de su fe. Éstos deben interiorizar los valores y las propuestas, para que tales valores y propuestas sean, desde sus corazones, luz clara para orientarse y verdadera energía para progresar. Comenzar un camino significa tomar en consideración el punto de partida de cada persona en particular, pero también no detenerse en metas intermedias o mínimas al alcance de todos, sino que exige sentirse comprometido a ir cada vez más adelante con quien tenga fuerzas para ello, ofreciendo otras metas, hasta llegar a una espiritualidad personal sólida y coherente.

Para personalizar un itinerario, hay que procurar

que en el ambiente haya interacción entre las propuestas de base para los que empiezan y las de mayor exigencia, según las posibilidades de las personas y de los grupos.

A veces en nuestras presencias no faltan llamamientos explícitamente vocacionales, y quizá hasta abundan, pero la respuesta es escasa, mientras vemos otras experiencias eclesiales que son más fecundas. Una clave para superar la esterilidad es ciertamente la personalización del crecimiento de la fe. Donde no se prepara ni se acompaña a la persona en la escucha de la voz del Señor, las propuestas y las mediaciones resultan ininteligibles. He ahí por qué consideramos urgente verificar la consistencia de la educación en la fe que ofrecemos a los jóvenes; hay que ir más allá de la labor de masa (que evidentemente es siempre válida e imprescindible) y acompañar a cada uno según el nivel a que ha llegado.

El progreso diverso de los jóvenes en este camino exige un diálogo concreto con cada uno de ellos. Debemos procurar su máximo desarrollo. Es vital en todos los sentidos: como bautizado que dialoga con Cristo, como protagonista de las propias decisiones, como observador inteligente en busca de discernimiento. Proponer un itinerario es ayudar a pasar del deseo vago y de la primera información sobre la fe a la iniciación sistemática en el misterio de Cristo y de la Iglesia y de ella a una espiritualidad concreta y orgánica.

Personalizar significa también implicar de manera más directa, pasando de los valores evangélicos en general a una responsabilidad de contacto y de diálogo con Cristo, hasta llegar a una verdadera amistad con él y compartir conscientemente, aunque de forma gradual, su misión en el mundo.

Precisamente en la perspectiva de ayudar a seguir un itinerario hacia la fe madura, es urgente dar más

importancia a la experiencia sacramental con Cristo, para poner sólidos fundamentos de convicciones y actitudes evangélicas. Las vocaciones especiales nacen de una elección de Dios; a veces y excepcionalmente puede ser instantánea como un relámpago, pero normalmente es serena y larga en un proceso lento y de maduración. Se requiere el esfuerzo pedagógico de iluminar al joven con la palabra de Dios, con la experiencia de los sacramentos, con el contacto de comunión con otros creyentes; ello supone una planificación de oración, de purificación ascética, de vida eucarística. La generosidad espontánea, el deseo de gastarse por los demás, la simpatía por los valores evangélicos pueden agotarse pronto si no se integran en un itinerario personal coherente, que lleve a colocar el misterio de Cristo en el centro de la propia existencia.

Si es verdad, por tanto, que un itinerario de orientación vocacional comprende varios aspectos —todos ellos importantes para una respuesta plenamente consciente—, es asimismo verdad que el secreto de todo está en orientar la libertad del joven hacia el crecimiento en una espiritualidad vivida.

Es aquí donde es absolutamente necesario no equivocarse en los cálculos y donde se han de concentrar los esfuerzos de la comunidad y de cada educador.

Cuidar experiencias de maduración

La revisión de los esfuerzos vocacionales realizados en nuestra Congregación durante los últimos años demuestra que en el camino de fe hay momentos particularmente fecundos: son como oasis benéficos, como estaciones de aprovisionamiento o cumbres de montaña desde las que se descubren panoramas nuevos. Los jóvenes llevados a ellas descubren

de forma más incisiva las características de un proyecto de vida con Cristo y se sienten atraídos por su hermosura, novedad y profundidad. Tales momentos constituyen una especie de yermo —como un poco de desierto, lejos del bullicio de la ciudad— donde es más fácil encontrar experiencias fuertes que llegan a lo más íntimo de la persona; gustaban también a Jesucristo y a sus discípulos y responden al anhelo juvenil de tener contacto directo con lo trascendente, de levantar la mirada al inmenso firmamento del cielo muy por encima del brillo del neón y de los anuncios propagandísticos que inundan las calles de la ciudad.

12. Actas del Consejo General, núm. 338, octubre-diciembre de 1990.

En la circular «Carisma y oración»¹² hice ver que los movimientos eclesiales atraen por su capacidad de implicación personal, de compromiso de fe y de comunión sentida; también el balance del Movimiento Juvenil Salesiano, animado por nuestra espiritualidad, es objetivamente positivo en tal sentido. Habrá que saber aumentar las experiencias de maduración dando profundidad y consistencia a los elementos que las constituyen y haciendo que después tengan continuidad en la vida sin limitarse a intervalos esporádicos.

Recordemos algunas experiencias de maduración.

- Una es ciertamente lo que solemos llamar *escuela de oración*: aprender a escuchar a Dios y a dialogar con él. La oración en general y la oración mental son expresión genuina de la fe; hacen pasar de lo periférico de la propia existencia al interior de la vida, donde la persona se encuentra consigo misma y descubre el significado de la propia subjetividad con su dimensión trascendente y social. No se trata de quitar importancia a las prácticas de oración en el conjunto del ambiente, sino de hacer comprender la indispensabilidad de un aprendizaje y de una experiencia vivida y sentida de forma per-

sonal. Es ciertamente un bien que estas experiencias de oración y las escuelas de la Palabra se estén multiplicando entre la juventud. Se trata de tiempos, lugares y grupos que sirven para abrirse a la voz del Espíritu que mora en nosotros, para aprender las diversas formas de diálogo con el Señor y para sentirse penetrados de la verdad de salvación. Los jóvenes los buscan como ocasión privilegiada de síntesis interior y de profundización de sentido. De estos momentos, bien preparados, brotan señales positivas de fecundidad vocacional. En más de un caso su temática misma puede ser explícitamente vocacional, incluso en el sentido de radicalidad evangélica. De la oración se pasa espontáneamente al diálogo de discernimiento y a la dirección espiritual. Así los centros de oración son también, de hecho, centros de orientación vocacional en complementariedad con las otras iniciativas del camino.

- *El cuidado atento de los tiempos fuertes* también ayuda a madurar. Realidad próxima a las escuelas de oración, aunque se distingue de ellas. Es más tradicional entre nosotros y suele ser experiencia de conversión y de recuperación. Los frutos de las casas de retiro y de espiritualidad juvenil, surgidas estos decenios en no pocas inspectorías, han sido por doquier abundantes y alentadores, sobre todo si se han organizado no simplemente como lugares de hospedaje, sino como centros espirituales con un equipo eficiente de orientación, de oración y de especial celebración de la revisión de vida de cara a la Reconciliación. Ofrecen, en particular, la profundización y la frecuencia del sacramento de la Penitencia, que tiene una importancia extraordinaria en la orientación vocacional.

- Otra experiencia de maduración se halla en variadas *iniciativas de servicio y de apostolado*. Si, venciendo la tentación del simple activismo, se les da

motivaciones de fe y de solidaridad evangélica, abren a los jóvenes a las grandes necesidades de la gente y de la Iglesia, y hacen sentir la fuerza del amor manifestado por Cristo.

- También *la animación de ambientes* o de actividades, *los diferentes compromisos* de carácter cultural o social, *el voluntariado* en la propia patria o en el extranjero, *la colaboración en las misiones*, etcétera, son oportunidades y estímulos para una reflexión sobre el compromiso de la propia existencia abierta a los hermanos. En todas estas iniciativas el acompañamiento pedagógico y espiritual es imprescindible, si queremos que su ejercicio sea proceso de crecimiento y no se agote en una generosidad transitoria.

- Otra importante iniciativa de maduración es el *grupo*: experiencia privilegiada que ya está presente en algunas de las iniciativas anteriores y las sitúa en un contexto de comunión, de protagonismo conjunto y de corresponsabilidad. Los grupos pueden ser de distintas clases, pero deben vivir inmersos en una atmósfera espiritual; vale la pena señalar como particularmente fecundos, entre nosotros, los del Movimiento Juvenil Salesiano y de los Jóvenes Cooperadores. Las estadísticas confirman lo que ya se observa directamente acerca de la incidencia de la experiencia de grupo en el nacimiento de las vocaciones. Aunque, como ya he dicho, no de cualquier grupo, sino de aquellos que desarrollan la conciencia de pertenencia, sentido de eclesialidad, radicación en la fe y tensión apostólica. En la actividad de estos grupos confluyen, de hecho, distintos factores de maduración vocacional. El ver y juzgar juntos y el realizar actividades bien organizadas crean un hábito de atención y de discernimiento. La acción apostólica, especialmente, entrena para la donación y pone en contacto con las situaciones de los necesi-

tados. El encuentro personal con otros animadores (sacerdotes, religiosos, seglares y los mismos jóvenes más responsables) robustece la posibilidad de opción. Así, todo grupo comprometido se hace vocacional, no sólo en sentido general porque cultiva la pertenencia y la participación activa en la opción bautismal, sino también en sentido específico, porque ofrece itinerarios de esclarecimiento y de experiencia inicial. No en vano el XXIII Capítulo General dedicó una orientación operativa en favor del grupo¹³, haciendo ver la incidencia de la dimensión asociativa en la maduración de la fe¹⁴. Hay que actuar en este sentido, pues aquí tenemos un aspecto oratorio vital de nuestra pastoral juvenil.

13. XXIII Capítulo General
274-283.

14. *Ibidem* 143-145.

Saber llamar y acompañar

El testimonio silencioso y la invitación implícita no siempre bastan para despertar vocaciones. El testimonio de Jesucristo era sumamente transparente y su hechizo era grande; sin embargo, llamó directamente e hizo la propuesta personal a cada uno de los Apóstoles.

El Papa y las indicaciones magisteriales de los pastores hablan explícitamente de *valentía de llamar*; también nuestro XXI Capítulo General nos invitaba ya a «tener la valentía de presentar a los jóvenes también las vocaciones más comprometidas»¹⁵.

Por desgracia, ha habido, y quizá persiste todavía en algunos, la duda o la negligencia de hacer abiertamente, de forma oportuna, la invitación personal. Lo contrario resulta, de hecho, un pernicioso silencio vocacional; cabría hablar incluso de cobardía o de inconsciencia acerca del propio ministerio, pues un joven cristiano tiene objetivamente *derecho* a conocer las propuestas vocacionales de la Iglesia. Suele darse como excusa de esta actitud de negligencia

15. XXI Capítulo General
113e.

el respeto a la libertad: las decisiones vocacionales —se dice— deben madurar solas. ¡Es una raciocinio irresponsable! No es ésa la enseñanza de Jesucristo y de la Iglesia. Recordemos también las invitaciones concretas que hacía san Juan Bosco y su incansable dedicación a oír las confesiones de sus muchachos, especialmente de los últimos cursos, incluso cuando ya era anciano y estaba enfermo. Pensemos en la forma extraordinaria con que el Santo llamó a Felipe Rinaldi; caso excepcional, ciertamente, pero revela su metodología ordinaria al respecto, aplicada siempre con agudo discernimiento.

La valentía de llamar proviene de la fe, de la paternidad espiritual, de la convicción de la hermosura e indispensabilidad de la misión de Cristo en la historia y del conocimiento íntimo del candidato. Llamar es la noble actitud de quien ofrece un valor grande, de quien se preocupa por elevar la maduración del joven al que se invita, de quien se siente preocupado por el mayor bien de la sociedad y de la Iglesia.

Esta valentía se expresa ya, de forma general, en una actividad vocacional orgánica, como parte viva de una pastoral juvenil que en un primer movimiento se dirige a todos, pero que de hecho tiende a concentrar progresivamente la atención y los cuidados diferenciados en los que muestran señales específicas.

En tal sentido nos orienta el XXIII Capítulo General cuando indica¹⁶ las etapas del crecimiento vocacional del joven: descubrimiento de las propias posibilidades¹⁷, entrenamiento para la generosidad¹⁸, anuncio vocacional¹⁹, propuesta explícita²⁰, discernimiento²¹ y opción inicial²².

La exhortación a la valentía de hacer la propuesta se dirige no sólo al director, sino también a los hermanos. Supone en cada uno observación prudente y convivencia familiar para descubrir las señales de

16. XXIII Capítulo General
151-156.

17. *Ibidem* 151.

18. *Ibidem* 152.

19. *Ibidem* 153.

20. *Ibidem* 154.

21. *Ibidem* 155.

22. *Ibidem* 156.

posible vocación y saber entablar (o hacer entablar) un diálogo personal. «No tengáis miedo en llamar», nos dijo el Papa. La nueva estación vocacional se caracteriza por un clima de lealtad cristiana y de franqueza en presentar a los jóvenes las vocaciones de compromiso especial. Muchos de ellos no serían capaces de interpretar la voz del Señor si no se les ayudara con una propuesta explícita. Hoy, por desgracia, la escasa o defectuosa información sobre el sacerdocio ministerial, la vida consagrada y otras formas de compromiso especial dificulta un conocimiento objetivo de su importancia social y eclesial. Pueden aparecer ante los jóvenes como algo lejano de su existencia y hasta ajeno a la cultura emergente. Así muchas disposiciones de apertura generosa quedan sin concretarse, incluso en presencia de testimonios verdaderamente válidos; por ello es necesario mostrar de manera convincente los espacios y modos que aseguran la extraordinaria validez de las vocaciones de especial consagración para el futuro y hacerlas florecer de nuevo.

Prescindir de la propuesta sería una forma supe-
rada de renuncia al propio ministerio pastoral y edu-
cativo. El Señor pone en nuestro camino muchos
y jóvenes con disposiciones admirables, ya cul-
tivadas más de una vez por su familia y maduras
en la primera catequesis. Una amistad educativa,
una convivencia de búsqueda, una petición de di-
rección espiritual y el compartir alguna tarea apos-
tólica nos ponen en la envidiable oportunidad de
coronar la labor mediante una adecuada propuesta
personal.

— A la valentía de la propuesta hay que añadir
después el cuidado y la programación de un *acom-
pañamiento* constante y amistoso. En el documento
final del segundo congreso internacional sobre las
vocaciones (1981) se afirma que «cuando un joven

o adulto advierte la llamada divina y ha pedido y recibido consejo, siente la necesidad y utilidad de una ayuda y dirección para encontrar con creciente claridad su camino y seguirlo: es el problema del acompañamiento».

Además de organizar, donde sea posible, ambientes particularmente idóneos (aspirantados renovados, comunidades de propuesta, etc.), está siendo cada vez más imprescindible (a veces como única posibilidad, debido a ciertas exigencias locales, culturales, familiares, edad y circunstancias) el acompañamiento personal antes del prenoviciado.

Los criterios que se han de seguir para este servicio deben ser concordados y compartidos comunitariamente, a fin de obviar el peligro de arbitrariedad y de individualismo en aspectos substanciales para el desarrollo de una vocación.

La convergencia y el acuerdo hay que buscarlos sobre todo en tres exigencias: la autenticidad y consistencia de las motivaciones, el planteamiento correcto de la vida espiritual y la capacidad de relaciones. Sugerir criterios divergentes a la hora de responder a estas exigencias resulta perjudicial —antes o después— para la maduración vocacional de tipo salesiano.

El acompañamiento deberá también ayudar a superar las posibles limitaciones de la formación cristiana de base, que en algunos candidatos puede presentar lagunas tanto desde el punto de vista de los conocimientos necesarios como de la vivencia cristiana. Un sano acompañamiento debe saber superar también la perniciosa tendencia a diferir continuamente la propia decisión; la volubilidad y la indecisión, tan fáciles hoy día, llevan insensiblemente al abandono de las metas.

En una palabra, el acompañamiento es una tarea delicada pero muy importante; con él se consolidan

algunos dinamismos clave para el posterior proceso vocacional.

En la preparación inspectorial del proyecto educativo-pastoral convendrá asignar un espacio también a los criterios que deben guiar la pedagogía del acompañamiento, los objetivos a que tender y la graduación del camino que se va a seguir.

Conclusión: los primeros responsables

Al concluir estas reflexiones, creo importante añadir aún, queridos hermanos, una palabra sobre tres factores vitales para nuestra pastoral vocacional: el papel del inspector, la responsabilidad del director y el contacto con la familia de los candidatos.

- *En el papel del inspector*, con su Consejo, el ejercicio del ministerio pastoral va unido de manera natural al quehacer vocacional. En efecto, es aspecto vital de su animación y gobierno asegurar el futuro del carisma, preparar nuevas levadas y regenerar la disponibilidad de personal. Sería sumamente pernicioso que su ministerio se redujera a pensar únicamente en el empleo de las fuerzas actuales sin calcular si los frentes y tipos de trabajo son aptos para generar otras nuevas. La preocupación de las vocaciones no puede ser marginal en el ejercicio del gobierno; al contrario, debe ser objeto de profundización y de medidas concretas que incidan de hecho en las comunidades locales, en cada uno de los salesianos y en el funcionamiento de las obras. Se trata de convertir a comunidades y salesianos en animadores. La capacidad de animación es la señal que indica la renovación conciliar de la misión, de los ministerios y de los carismas. Gracias a la práctica de la animación ha comenzado una estación nueva en la Iglesia, en los institutos religiosos, en los mo-

vimientos, en las asociaciones y en los grupos. ¡Sería verdaderamente incomprensible que no ocurriera lo mismo en nuestras presencias!

Se trata de motivar a salesianos y comunidades, de estimularlos y prepararlos para que cada uno sepa realizar en su campo de trabajo una labor de orientación, de favorecer con materiales de trabajo las iniciativas vocacionales, de relanzar la presencia de la dirección espiritual y el ejercicio del ministerio de las confesiones y de programar una formación permanente con miras a una mayor cualificación pastoral.

• *La responsabilidad del director* está bien definida por el XXI Capítulo General: «En la comunidad local el primer responsable de la animación vocacional es el director precisamente por su función de guía de la comunidad; promueva, en clima de fe y de oración, un escrutinio vocacional periódico»²³.

23. XXI Capítulo General
114.

Procura implicar en serio a toda la comunidad, según el trabajo de cada salesiano. No se trata de delegar en alguien, sino de corresponsabilizar a cada uno explicitando un plan común, ayudando a asimilar criterios de discernimiento, concordando formas de actuación e indicando la clase y graduación de su acción personal. Se esforzará por seguir con atención la elección y coordinación de las iniciativas juveniles, cuidando su sentido y finalidad y procurando que no falten las que promueven la orientación vocacional.

También para el director y su comunidad sería una ligereza y una falta de previsión pensar únicamente en el funcionamiento y extensión de la obra dejando que predominen sectores menos influyentes en la maduración juvenil del sentido cristiano de la vida.

Con el cargo de director se relaciona, de modo

particular, su capacidad y disponibilidad para hablar personalmente con los jóvenes, sobre todo con los más maduros y con quienes presentan indicios de posible vocación. «El director —afirma el XXIII Capítulo General— tome muy en serio el encuentro personal con los jóvenes, particularmente con aquellos cuyo camino está llegando a una opción importante de vida»²⁴. Es realmente una invitación a recuperar las modalidades pedagógicas propias del Sistema Preventivo y de la figura pastoral querida por san Juan Bosco para el director.

24. XXIII Capítulo General
287.

- Por último, *el contacto con la familia de los candidatos* tiene una importancia especial para el acompañamiento de los jóvenes encaminados hacia la vocación salesiana. Los padres son, por sí mismos, los primeros responsables de la vocación de sus hijos. Ya a nivel de pastoral juvenil en general se está siguiendo en la Iglesia un plano de mayor complementariedad con la pastoral familiar; lo recordaba la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, especialmente en el número 74.

También el esfuerzo por el funcionamiento, en nuestras presencias, de la comunidad educativa y el «Proyecto Seglares» (en favor, sobre todo, de los no pocos cooperadores y antiguos alumnos) invitan a sintonizar más y constantemente la pastoral juvenil con la pastoral familiar.

En un clima de mayor coordinación, fruto de la eclesiología conciliar de comunión, que tanto cuesta aún hacer crecer, adquiere un relieve vocacional especial el conocimiento, el contacto y el diálogo con las familias de los candidatos. Se profundizan sus motivaciones, se descubren también ciertas dificultades dolorosas; pero sobre todo se procura que la vocación se desarrolle en la familia, el mismo ambiente donde se abrió la fe bautismal. Mediante este contacto se intensifican las cualidades y la coope-

ración y se evitan sorpresas. El estilo de vida de los padres, su acción educativa y su testimonio son verdaderamente el mejor terreno para una vocación salesiana. La paternidad y maternidad cristiana es uno de los objetivos privilegiados de la pastoral de la Iglesia hoy. ¡Cuántas vocaciones han nacido y nacen precisamente en familias creyentes! Con razón la pastoral vocacional procura también, en comunión con los esfuerzos de la Iglesia local, ayudar seriamente a las familias en su renovada conciencia cristiana y en su función educadora. Lanzar iniciativas en este sentido, promover la fe de los padres interesados, introducirlos en la órbita de nuestro carisma y recordar y desarrollar lo que afirma Don Bosco en su favor, es ciertamente un campo fecundo que hay que tomar en mayor consideración.

Hoy día crece la necesidad de ayudar a las familias a tener la capacidad de oponerse al sutil clima secularista que invade la sociedad. Sólo una pastoral más amplia y de cooperación sirve para cultivar los brotes, ricos de promesas, que se están presentando cada vez más numerosos en esta primavera de la Iglesia. Aunque el Evangelio nos enseña que los hijos no son propiedad de los padres, sin embargo nos dice también que son un don de Dios encomendado primordialmente a ellos para la renovación de la sociedad por la misión de Cristo. También Jesús, Verbo encarnado, fue confiado, para bien de todos, a una familia santa.

Miremos con admiración a José y a María e invoquémosles con fe y constancia. Ellos son, sin duda, los principales intercesores para una pastoral vocacional más eficaz; encomendémosles las necesidades actuales de la Iglesia y del mundo, hablemos con ellos de la inmensidad de la mies y de las crecientes necesidades educativas de la juventud; agradezcámosles lo que han hecho ya por el carisma de san Juan Bosco y pidámosles con insistencia que nos ayuden

a aumentar la calidad y el número de los obreros de la viña.

El documento final del ya mencionado congreso internacional de 1981 llama a la Santísima Virgen 'mediadora de vocaciones', 'modelo de toda persona llamada' y 'madre de todas las vocaciones'.

Que una referencia especial a ella, queridos hermanos, esté siempre en la base y en el centro de la renovación de nuestra pastoral vocacional.

Os deseo a todos un fructuoso año nuevo en una esperanza rica en buenas obras. El Evangelio nos asegura que parte de lo sembrado «cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano»²⁵.

25. Marcos 4,8.

Dediquémonos, pues, a cultivar mejor la tierra buena.

A todos mis mejores deseos de que aumente el número de vocaciones.

Afectuosamente en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ